



Algunas condiciones para hacer más ineficaz el terrorismo

Eliás Díaz

No es fácil lograr que el terrorismo desaparezca del todo en el mundo actual: gobiernos y altos organismos internacionales se ocupan cada vez más a fondo del problema. Yo sólo voy a hablar aquí —en relación con la circunstancia española de nuestros días— de algunas de las condiciones que, al menos, tal vez permitan hacerlo más ineficaz y, con ello, más probable, por tanto, su progresiva extinción. Entre otras, serían a mi juicio las siguientes:

1.ª Que las investigaciones sobre tales hechos (muertes y secuestros) se hagan en profundidad y que se pueda proceder de verdad contra quienes recurren a tales métodos de violencia, y también contra sus patronos, con los mecanismos y procedimientos que la ley pone en manos de Policía, jueces, Gobierno, etcétera: que no haya aquí privilegios ni prerrogativas para nadie, por importante que sea. Que nuestro país deje de ser "santuario" y refugio tradicional de extremistas de todo el mundo, como con frecuencia ha ocurrido (con respecto a la extrema derecha) en los últimos tiempos.

2.ª Que se prepare a las Fuerzas de Orden Público, y se les dote de medios aptos, para poder enfrentarse a este tipo de acciones con fundadas y mayores posibilidades de éxito: el enemigo no es el manifestante pacífico —por ilegal que se le declare—, ni el discrepante político de izquierdas. Además, estando más enraizado en el pueblo, el policía se movería como "pez en el agua" en la persecución del delincuente. De todos modos, el problema terrorista no es sólo un problema de Policía, sino fundamentalmente un problema político.

3.ª Que nadie pretenda "capitalizar" a los muertos utilizándolos en beneficio propio y en contra de la democracia. Honrar a los muertos, enorgullecerse de ellos sus compañeros, es algo completamente opuesto a la falta de respeto que supone servirse de los caídos para atacar y agredir al adversario político que nada tiene que ver en verdad con aquellas muertes. La discrepancia política, incluso el enfrentamiento ideológico, no debe situarnos en opuestas orillas ante el crimen: las víctimas del terrorismo deben ser por todos lamentadas y veneradas.

4.ª Que ningún grupo social o

político caiga nunca en la fácil trampa de la provocación que implica venganza, respuesta violenta a una violencia anterior. Esto sólo lleva a una imparable "espiral de la violencia" en la que todos se convierten en víctimas: es, por ello, enormemente importante el descubrimiento y la denuncia pública de la provocación.

5.ª Que los partidos democráticos, especialmente los situados más a la izquierda, rechacen con firmeza todo tipo de violencia terrorista, incluida, por supuesto, la que puedan haber desarrollado o desarrollen grupos extremistas que se reclaman, real o ficticiamente, de una filiación izquierdista, y ello por muy diferentes y opuestas que sean las motivaciones alegadas por unos y otros extremistas. Además de inmoral, a la larga, la violencia es contrarrevolucionaria. Hay que abandonar, pues, definitivamente cualquier irresponsable verbalismo de ese carácter, incluido el casi inofensivo de los "valientes revolucionarios de salón".

6.ª Que, a pesar de todas las concomitancias que sea posible establecer, se diferencie y se separe con toda claridad entre la llamada "violencia institucionalizada" (propia de la coacción ejercida por el Estado y el Derecho) y la violencia no institucionalizada, quiero decir ahora la violencia terrorista. Para ello es, desde luego, fundamental que aquélla no ejerza con límites y responsabilidades establecidas por y ante el Derecho, así como se institucionalice y se legitime democráticamente.

7.ª Que el Estado, pues, se constituya progresivamente como un Estado democrático, con Parlamento libremente elegido, con pluralismo de partidos políticos, con Gobierno responsable ante aquél, etcétera. Por supuesto, que en las democracias también hay terrorismo: pero su peligrosidad es, sin duda alguna, mucho menor. Cuando estamos precisamente en presencia de un terrorismo que lo que pretende es impedir el paso hacia la democracia, la lucha será, desde luego, mucho más fácil al no disponerse aún de todos los poderosos resortes y mecanismos que puede movilizar el Estado democrático. Pero los métodos contra aquél serán sustancialmente los mismos: no retroceder en el camino hacia la democracia y movilizar el Estado todos sus recursos para combatirlo.

8.ª Que las Fuerzas Armadas y de Orden Público tengan como máximo orgullo de su tarea y profesión, por un lado, la defensa de la Patria frente al enemigo exterior, en caso de una agresión bélica de ese carácter, y, por otro, siempre muy por encima de todo tipo de intereses partidistas, la defensa interior frente a quienes pretendan destruir violentamente el orden institucional democrático creado en libertad por el pueblo.

9.ª Que las más altas instancias pongan en juego todo su peso y todo su prestigio para remover los obstáculos, más o menos poderosos, que dificulten la investigación y la acción eficaz contra el terrorismo, asegurando el trabajo común y la superación de grietas y diferencias que en el interior del Estado puedan surgir, a fin de lograr la efectiva unidad de todos frente a esa violencia desatada y la defensa de un orden social, político y jurídico que sea libremente y con participación de todos construido.

10. Con las anteriores condiciones cumplidas, probablemente no desaparecerá del todo la violencia terrorista, pero quizá se haga cada día más difícil, inútil e ineficaz. Si, a pesar de todo, surge un nuevo crimen o acto terrorista (tampoco debe esperarse pasivamente su "inevitable", fatal, comisión) será necesario seguir siempre conservando la serenidad y el dominio de sí, por debajo del dolor y de los sentimientos de indignación que produzca, sin caer nunca en actitudes de pánico o de histeria individual o colectiva: sólo así —con autocontrol— será posible el control efectivo de la situación.

Es decisivo tener bien en claro —y esto con total seguridad— que si el Estado, el Gobierno, las Fuerzas Armadas y de Orden Público, los partidos políticos y el pueblo, en definitiva, no desean la violencia y trabajan juntos contra ella, entonces el terrorismo que —esto nadie lo pone en duda— es absolutamente minoritario acabará por perder todas sus posibilidades (frustrado su objetivo que es precisamente no el de "matar por matar", sino el de introducir la discordia y el enfrentamiento en el interior de las instituciones del Estado) y terminará sin duda alguna por desaparecer. No hay terrorismo que pueda contra un pueblo y su Estado cuando ambos están unidos en la necesidad y en la esperanza de una verdadera paz democrática.